

INTRODUCCIÓN

Ha pasado un año desde que la COVID-19 fue declarada una pandemia mundial, un año marcado por la pérdida terrible de vidas y de medios de vida. Como muchas personas en el mundo entero, el equipo que produce *Perspectivas de la economía mundial* (informe WEO, por sus siglas en inglés) ha perdido a seres queridos en medio de la propagación de la pandemia. El creciente número de víctimas humanas y los millones de personas que continúan desempleadas son sombríos recordatorios de la extrema tensión socioeconómica que todavía enfrenta la comunidad mundial.

Aun así, incluso a pesar de la gran incertidumbre en torno al curso de la pandemia, la salida de esta crisis sanitaria y económica se ve cada vez más cerca. Gracias al ingenio de la comunidad científica, disponemos de múltiples vacunas que pueden reducir la gravedad y la frecuencia de las infecciones. Paralelamente, la adaptación de la vida en medio de la pandemia le ha permitido a la economía mundial seguir funcionando bien, a pesar de la disminución de la movilidad global, lo cual se traduce en un repunte que, en el promedio de las regiones, es más vigoroso de lo anticipado. El estímulo fiscal adicional en algunas economías (sobre todo Estados Unidos) —que se suma a una respuesta fiscal ya sin precedentes lanzada el año pasado y al mantenimiento de una orientación monetaria acomodaticia— infunde más optimismo a las perspectivas económicas.

En este momento, prevemos una recuperación más fuerte en 2021 y 2022 para la economía mundial en comparación con el pronóstico previo: el crecimiento está proyectado en 6% en 2021 y 4,4% 2022. Ahora bien, las perspectivas presentan retos sobrecogedores relacionados con divergencias en la velocidad de la recuperación entre los países y dentro de cada país, y la posibilidad de un daño económico persistente derivado de la crisis.

Como lo destaca el capítulo 1, se han puesto en marcha recuperaciones a múltiples velocidades en todas las regiones y entre los distintos grupos de ingresos, vinculadas a marcadas diferencias en el ritmo de las campañas de vacunación, la magnitud de las políticas económicas de respaldo y factores estructurales como

la dependencia del turismo. Entre las economías avanzadas, se prevé que Estados Unidos supere el nivel de PIB previo a la pandemia este año, en tanto que muchas otras no lo harán sino hasta 2022. Análogamente, entre las economías de mercados emergentes y en desarrollo, China retomó el nivel de PIB previo a la COVID ya a fines de 2020, en tanto que muchas otras no lo harían sino hasta bien entrado 2023.

Es probable que esa divergencia en las trayectorias de recuperación ahonde significativamente las disparidades entre los niveles de vida de los países en desarrollo y los demás países, en comparación con las expectativas previas a la pandemia. Para 2020–22, la pérdida acumulada de ingresos per cápita en relación con las proyecciones previas a la pandemia será de 20% del PIB per cápita de 2019 en las economías de mercados emergentes y en desarrollo (excluida China), mientras que en las economías avanzadas se prevé una pérdida relativamente menor, del 11%. Esto ha borrado los avances en la reducción de la pobreza: se prevé que 95 millones de personas más caigan en la pobreza extrema en 2020, y 80 millones más sufrirán desnutrición.

Con un panorama más claro de la transmisión del shock entre sectores y fronteras, y basándonos en la experiencia de otras recesiones profundas, estamos ahora en mejores condiciones para evaluar las pérdidas probables a mediano plazo. Muchas variables —diferencias en la exposición inicial al shock, estructuras económicas y políticas de apoyo— sirven de base para nuestras proyecciones sobre los daños persistentes y la cicatrización a mediano plazo, como lo explica el capítulo 2. Aunque las pérdidas a mediano plazo para la economía mundial serían menores que las provocadas por la crisis financiera internacional, es probable que esta vez los daños varíen entre un país y otro: los países de bajo ingreso y los mercados emergentes sufrirían más que hace una década, cuando las economías avanzadas fueron las más afectadas por la crisis.

Sin embargo, estas divergencias no están ocurriendo únicamente entre países, sino también dentro de cada país. Como lo explica el capítulo 3 (y la edición de abril de 2021 del *Monitor Fiscal*), es probable que se agudice la desigualdad del ingreso dentro de cada país

porque los trabajadores jóvenes y los relativamente menos calificados siguen siendo los grupos más golpeados no solo en las economías avanzadas sino también en las de mercados emergentes y en desarrollo. En este último grupo de países, las tasas de empleo de la mujer siguen siendo inferiores a las del hombre, lo cual exacerba esas disparidades. Algunos de estos efectos reflejan el hecho de que la crisis afectó a algunos sectores más que a otros: el empleo se contrajo más en los sectores con mayores concentraciones de trabajadores más jóvenes o menos calificados, así como en los sectores más vulnerables a la automatización. Como la crisis ha acelerado las fuerzas transformadoras de la digitalización y la automatización, muchos de los empleos perdidos tienen pocas probabilidades de reaparecer; eso exigirá una reasignación de los trabajadores entre sectores, lo cual a menudo castiga con dureza los ingresos.

Estas proyecciones están rodeadas de gran incertidumbre, posiblemente con numerosos riesgos a la baja y al alza. Mucho depende aún de la carrera entre el virus y las vacunas. Un mayor avance de la vacunación podría mejorar los pronósticos, en tanto que la aparición de nuevas variantes del virus que no puedan prevenirse mediante las vacunas podría provocar una drástica corrección a la baja de los pronósticos. Las marcadas divergencias en las velocidades de recuperación también plantean la posibilidad de que las políticas económicas se orienten hacia distintos rumbos. En los últimos meses, hemos visto fuertes aumentos de las tasas de interés a largo plazo, que en parte reflejan una revisión de las expectativas de los mercados en torno al ritmo de normalización de la política de la Reserva Federal estadounidense a medida que mejoren las perspectivas de crecimiento de la economía nacional. Como lo explica el capítulo 4 (y la edición de abril de 2021 del Informe sobre la estabilidad financiera mundial (informe GFSR)), si esos aumentos son ordenados y reflejan un afianzamiento de las expectativas de crecimiento, no tienen por qué crear dificultades para otros países. Si en cambio esos aumentos reflejan la idea de que la política monetaria de las economías avanzadas tendrá que endurecerse abruptamente a medida que la recuperación cobre impulso, podrían derivarse efectos desfavorables para las economías de mercados emergentes y en desarrollo, sobre todo las que están muy endeudadas y tienen grandes necesidades de financiamiento. Eso podría hacer que dichas economías queden aún más rezagadas respecto de las economías avanzadas.

Para evitar estas divergencias será necesario ante todo resolver la crisis sanitaria en todas partes. Al mismo tiempo, las políticas económicas tendrán que limitar daños persistentes, asegurar la recuperación y prepararse para el mundo pospandemia, teniendo en cuenta siempre el margen de maniobra del que disponen. Las medidas de política económica sin precedentes que se desplegaron ya han evitado desenlaces mucho peores; nuestras estimaciones indican que el grave colapso del año pasado podría haber sido como mínimo tres veces peor sin las políticas de respaldo lanzadas con rapidez en el mundo entero. Muchos países tienen ahora un margen de maniobra más limitado y niveles de deuda más altos que antes de la pandemia. Por lo tanto, las políticas deberán focalizarse mejor para mantener la capacidad de brindar respaldo a la actividad económica a lo largo de este período de incertidumbre, a medida que continúe la carrera entre el virus y las vacunas.

Será necesario un enfoque adaptado a cada situación, con políticas bien calibradas en función de la etapa de la pandemia, el vigor de la recuperación económica y las circunstancias socioeconómicas de cada país. Como lo explica este informe, mientras la pandemia continúe, las políticas deberían priorizar el gasto sanitario —en producción y distribución de vacunas, tratamientos, infraestructura de atención de la salud—, junto con un respaldo fiscal bien focalizado en los hogares y las empresas afectados. A medida que la recuperación avance y las condiciones del mercado laboral se normalicen, se debería desplegar poco a poco ese apoyo focalizado para evitar recortes repentinos. En ese momento, cabría hacer más énfasis en la reconversión profesional de los trabajadores y la adquisición de nuevas aptitudes, junto con el sostén de ingresos necesario para ayudarlos a enfrentar esa transición, expandiendo paralelamente los subsidios a la contratación a fin de promover la creación de puestos de trabajo. Los procedimientos de quiebra acelerados y simplificados podrían facilitar más la reasignación. Habrá que dedicar recursos para revertir las pérdidas de aprendizaje entre los niños que perdieron tiempo de clase durante la pandemia, por ejemplo, mediante el aumento del gasto en educación.

Una vez superada la crisis sanitaria, las políticas podrán centrarse más en construir economías resilientes, inclusivas y más verdes, tanto para afianzar la recuperación como para incrementar el producto potencial. Las prioridades deberían incluir la inversión

en infraestructura verde para contribuir a mitigar el cambio climático, el fortalecimiento de la asistencia social y el seguro social para que la desigualdad deje de aumentar, el lanzamiento de iniciativas para estimular la capacidad productiva y promover la adaptación a una economía más digitalizada, y la resolución del sobreendeudamiento.

Financiar estos cometidos será más fácil para algunos países que para otros. Para los que disponen de un espacio fiscal limitado, una mejor administración de los ingresos públicos, una mayor progresividad de la tributación y una reorientación del gasto hacia necesidades sanitarias, sociales y de infraestructura críticas serán elementos esenciales. En este sentido, sería útil anclar las políticas en marcos a mediano plazo creíbles y observar las normas más estrictas de transparencia de la deuda, conteniendo los costos de endeudamiento y reduciendo los riesgos fiscales.

En el ámbito internacional, primordialmente los países tienen que colaborar para lograr una vacunación generalizada en el mundo entero. La industria de las vacunas está intentando producir el triple del volumen de un año normal. Lógicamente, se enfrenta a grandes dificultades; entre ellas, limitaciones en el suministro de insumos. El acceso a las vacunas también es profundamente inecu: los países de alto ingreso, que albergan 16% de la población mundial, adquirieron anticipadamente 50% de las dosis. Los países tendrán que colaborar para corregir las limitaciones de producción y expandir la producción de vacunas, lograr un acceso universal —entre otras formas, financiando el mecanismo COVAX, del cual numerosos países de bajo ingreso dependen mucho para obtener dosis— y evitar controles a la exportación.

Las autoridades también deberían continuar garantizando un acceso adecuado a la liquidez internacional. Los grandes bancos centrales deberían brindar pautas claras sobre las medidas futuras, dejando mucho

tiempo para la preparación a fin de evitar turbulencias como las que causó el repliegue del estímulo monetario de la Reserva Federal estadounidense en mayo de 2013. Los países de bajo ingreso se beneficiarían si se prolongara más la pausa provisional del reembolso de la deuda en el marco de la Iniciativa de Suspensión del Servicio de la Deuda y la implementación del Marco Común del G-20 para una reestructuración ordenada de la deuda. Los países de mercados emergentes y de bajo ingreso se beneficiarían de una nueva asignación de derechos especiales de giro del FMI y de la solicitud de acceso a las líneas precautorias de financiamiento del FMI, como la Línea de Crédito Flexible y la Línea de Liquidez a Corto Plazo.

Y aunque todas las miradas están centradas en la pandemia, es esencial avanzar en la resolución de las tensiones comerciales y tecnológicas. Los países también deberían cooperar en la mitigación del cambio climático, la digitalización, la modernización de la tributación internacional de las sociedades, y las medidas para limitar el traslado transfronterizo de utilidades y la evasión y elusión de impuestos.

Durante el último año hubo innovaciones significativas en materia de política económica y una gigantesca expansión del apoyo a nivel nacional, sobre todo en las economías avanzadas que han podido permitírselo. Ahora se necesita un esfuerzo igualmente ambicioso a nivel multilateral, que se sume al considerable respaldo ofrecido hasta el momento por el FMI a 85 países durante la pandemia. Sin esfuerzos adicionales para que todo el mundo tenga una oportunidad justa, la disparidad entre los niveles de vida de los países podría agudizarse significativamente, y podrían revertirse las tendencias de reducción mundial de la pobreza, que llevan décadas en curso.

Gita Gopinath
*Consejera Económica y Directora
del Departamento de Estudios*